



LA PIEDAD, 1968

Texto:

Fermín Higuera

LA PIEDAD.
Fermin Higuera

Extraña composición cercana al acantilado que huye del horizonte, por el que la madre vuelve a vivir el embarazo por el que alumbró al hijo y por el que ahora implora un nuevo parto imposible que emborrone las cruces.

Inusitada mirada de los que no tienen ojos en sus cavidades vivas y de los muertos que miran con las pupilas granates hacia las alturas en donde escapa el aliento.

Todas las encrucijadas se funden en el abrazo que sostiene su dolor.

Ella se enraíza para mantener por un momento la agonía del hijo, intenta enrguirse para sentir la espalda de él sobre su torso de leche.

No se ven pero sabemos que las vértebras descansan estiradas en el envés de la sombra sobre el vientre que recubren.

Tampoco se nos enseña la confluencia cálida de los latidos y el pecho de la madre porque la cabeza del hijo la oculta, entornada hacia el cielo como una lámpara que se apaga.

La noche es la cabellera de la tersura de un hombre que fluye sobre los senos, la cabellera es un campo de pez, o la blonda de alquitrán peinada de igual modo que estas tierras secas por el arado y las lágrimas.

Descienden de las heridas ríos de sangre que gimen en las manos acabadas, mas no sabemos de dónde viene el vacío que resuena en los pies aún sin terminar.

Codos oscuros o azules, fondo de mar o de cielo y sobre ambos el rostro que intuye su propia muerte.

Retrato del que prefiere la verdad que asciende y brota de las ignotas fracturas, del arañazo y la lava, a los oropelos de los que nunca se buscan pero creen encontrarse en lo que viene de afuera.

Retrato del que se aleja, se retira y se decide hacia el lienzo sin historia de un ahondamiento mudo.

Estos son los aullidos de la piedad de los valles y las colinas atlánticas, de los pasos de los hombre del noroeste que indagan las cumbres y los confines y sólo hallan el descanso en la resquebrajadura de la tierra del nacer.

Extraña ofrenda de la madre que, primeramente, guarece al hijo en un país de sed, para después darlo a la muerte y romper el cordón que lo unía a una tierra inmisericorde y pobre.

Aquí no hay recompensa, ni paraíso que confirmen la utopía de los campos. Así sería si el pincel cantara la materia improbable de la esperanza., pero como no es así, sino que las uñas escarban en la materia muerta, nos lega la imagen del tránsito y el dolor, la premonición de la partida.

Fermín Higuera.